

Escribe
Eduardo
Gudño Kleffer



EL CASTILLO DE LA UTOPIA

El diccionario define utopía como "plan, proyecto o ficción ideal, pero de imposible realización". Desde *La República* platónica hasta los audaces modelos propuestos por Aldous Huxley en *Brave New World* y *The Island*, y los de James Hilton en la Shangri-la de *Lost Horizon*, diversas utopías desplegaron sus propuestas literarias y filológicas.

Leyendo a Ernesto Sabato aprendí que eso de "imposible realización" es relativo. Muchos logros de la organización humana se han alcanzado persiguiendo ideales que parecían inasibles en un momento determinado de la Historia. Sin utopías por delante ¿qué alicientes tenemos para avanzar?

Ahora bien, el siglo XX agoniza y, en su estado comatoso, parece que las utopías no sirven como terapia intensiva. Sin embargo hay hombres que no sólo sueñan con ellas, sino que ponen manos a la obra y, dentro de sus posibilidades, hacen todo lo que pueden. Batuz es uno de ellos. Este singular artista plástico nació en Budapest, Hungría, en 1933. En 1949 emigró con su familia a la Argentina; en Buenos Aires realizó su primer *one man show* durante 1964, y al año siguiente se radicó en Villa Gesell. Fue Rafael Squirru, uno de los más eminentes críticos de nuestro país, quien lo apoyó desde sus comienzos y, un hoy habiendo logrado su consagración internacional, Batuz lo agradece públicamente. Pero aún con su historia, Batuz no tardó luego a los Estados Unidos y comenzó su meteórico ascenso. Sus obras fueron adquiridas primero por el Museo Wallraf Richardz de Colonia y La Kunsthau de Zurich, luego por el Museo Hirshorn de Washington, la Kunsthalle de Zurich, el Museo de São Paulo, la Phillips Collection también de Washington. En fin, la enumeración sería demasiado larga y no es el objeto de este artículo. Basta pues con decir que Batuz, en 1984, fue contratado por la Gulbenkian Foundation de Lisboa, y casi inmediatamente por las autoridades de Alemania Federal, que le permitieron tener una sede en el castillo de Schaumburg, al que bien podemos llamar hoy "el castillo de Utopía".

¿Por qué? Porque a partir de 1986, con el apoyo de las au-

toridades de Alemania Federal, importantes sectores de la actividad privada y directores de museos, se estableció allí la Fundación Batuz, que anualmente aloja en la imponente construcción del siglo XVII a pintores, escritores y otros intelectuales para lograr, mediante la acción y la comunicación, un ideal de conocimiento mutuo, de acercamiento mutuo y de mutua comprensión entre individuos y países distintos. Desde la Argentina al castillo de Utopía partieron ya y participaron de la experiencia los poetas Enrique Molina y Roberto Aliano, junto con la pintora Alicia Rinaldi.

Batuz, por haber nacido húngaro, da fe de sus intereses en la Europa Oriental, aunque no comparte las ideologías de sus gobiernos. Por otra parte, las dos décadas y pico de su vida pasadas en la Argentina lo unen a Occidente. Considera que las culturas latinoamericanas y las de aquella Europa Oriental son "periféricas", término que no utiliza en sentido peyorativo sino para señalar su conexión y su alejamiento simultáneos de los "centros" que se constituyen en otras naciones del Hemisferio Norte. "Las culturas periféricas", dice, "a través de sus situaciones geográficas, políticas y psicológicas, observan y comprenden los eventos del mundo en forma diferente a la corriente principal, y pueden ser conductivas de una diferente creatividad, de una nueva *Weltanschauung*." ¿Ideal de imposible realización? No, puesto que en poco tiempo ya se ha conseguido reunir a importantes personalidades de dos mundos que deberían ser uno solo mediante encuentros, conversaciones, escritos, dibujos y videos, en un proceso documentado y conservado por la Fundación Batuz en un "banco de ideas" abierto no sólo a los contemporáneos sino a futuras generaciones. La charla espontánea es la base de la colaboración entre creadores; las obras plásticas son expuestas, los textos ilustrados se publican en alemán y en inglés, y se abre la posibilidad de que esto se haga también en otros idiomas.

Batuz sostiene la necesidad de estos encuentros porque, bajo el alud de información que el globo recibe en esta era de comunicaciones, suele quedar aplastado el

sentido selectivo, junto con la crítica y la autocrítica. Salvo en fugaces e inocuas charlas de café, es muy difícil encontrar en la actualidad una jerarquización de las artes. Los importantes trabajos que se realizan en las universidades suelen quedar, lamentablemente, en asépticos ámbitos académicos. Y Batuz entiende que "debido a que el mundo proviene de proporciones humanas, la mente ha sido incapaz de entender todos los hechos que en él se producen, la mayoría de los cuales nada tienen que ver con el individuo". De ahí su propuesta: la gente que tiene mucho en común debe crear una estructura especial, una *polis* en la cual sea posible la libre expresión y se haga realidad la comunicación directa.

Esta es la "sociedad imaginaria" que ha conquistado adherentes como el escritor francés Michel Butor, el crítico de arte (también francés) Pierre Restany, Toshio Hara (director del Hara Museum of Contemporary Arts de Tokio), Olga H. Hishorn (del Hirshorn Museum and Sculpture Garden de Washington D.C.), Oscar P. Landmann (presidente honorario de la Bienal de São Paulo), Dieter Ronte (director del Museum Moderner Kunst de Viena). Y en la Argentina, además de los arriba citados visitantes, Roberto Del Villano (director del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires), Winrich Dross (presidente de la Cámara de Comercio) y Esteban Takacs.

Con respecto a esta "sociedad imaginaria" todos se han expresado positivamente. Butor, sobre el fascinante y arbitrario tema de las fronteras, escribió un ensayo en el cual dice: "Debemos tomar conciencia de la variedad de nuestro mundo y debemos sostenerla cada vez más". En efecto, aceptando que otros pueden ser distintos se logran los acercamientos profundos. La comprensión se alcanza entendiendo diferencias, y no imponiendo el corsé de una ideología, una religión, un idioma, una raza o un sistema político. Hoy, varias compañías industriales argentinas apoyan el proyecto de llevar escritores de Sudamérica a Schaumburg, el "castillo de Utopía". Que no tiene fosos, como no los tiene la fraternidad verdadera.